

otras opiniones individuales, que no tienen ni pueden tener el derecho de mandar. Para someter los espíritus a un orden verdadero, es necesario oponer a sus pensamientos particulares, variables, divididos entre ellos mismos, la inmutable autoridad de los dogmas católicos, cuyo depósito conserva puro la Iglesia al cabo de siglos, atravesando por entre todas las vicisitudes humanas. Vivimos en unos tiempos en que todos, cual más, cual menos, pretenden conservar, defender el orden social establecido por el criador; pero los que solo tienen sus opiniones particulares, son orgullosos en demasía, si las creen necesarias, harto culpables, si no creyéndolas, no teniendo fe en su verdad, turban el mundo por hacerlas prevalecer.

Estas consideraciones son las que nos han determinado a publicar este periódico, órgano de las doctrinas católicas aplicadas a las necesidades sociales de nuestra patria; i como una consecuencia de estos principios le damos el nombre de EL CATOLICISMO, porque todo cuanto publiquemos editorial, de colaboradores, o variedades, tendrá por carácter la ortodoxia, sirviéndonos de norma la sabiduría máxima de San Agustín, que todo escritor católico debe observar: *contra rationem nemo sobrius, contra Scripturam nemo christianus, contra Ecclesiam nemo pacificus senserit.*

Sin ambición de ningún género, con el corazón limpio de todo sordido interés, animados de la llama de la fe que arde en nuestro pecho, juntamente con la del amor de la Iglesia i de la sociedad, vamos a usar de nuestro derecho en la sociedad civil, de nuestro derecho en la Iglesia; porque el periodismo católico tiene derechos en el Estado i en la Iglesia.

EL PERIODISMO CATÓLICO EN EL ESTADO.

EL mundo de hoy no es el mundo pasado. Se ha reconstituido la sociedad: su nueva condición es ser gobernada, no por el pensamiento de uno solo, no por el pensamiento personal de muchos individuos, sino, cuanto sea posible, por el pensamiento de todos, por el pensamiento colectivo del mayor número. Lo que más contribuye hoy a formar este pensamiento colectivo i soberano de las mayorías, es el periodismo; el cual es el espejo donde se refleja la faz del mundo nuevo.

En los tiempos antiguos se hallaba el poder todo entero en la cima social. Concentrado en la persona de un monarca como en su fuente, difundíase de allí, distribuyéndose entre las autoridades establecidas jerárquicamente, todas abajo del trono, sin ninguna colateral, i que no eran más que auxiliares obligados, mandatarios dependientes.

Pero sea lo que fuere de los inconvenientes, o ventajas que en sus tiempos tuviera este régimen absoluto, hoy es completamente rechazado por los sistemas dominantes, proscrito por nuestra constitución. Ya no viene de lo alto el poder gobernante, nace de abajo. Desde los miembros del cabildo hasta las cámaras legislativas, desde los alcaldes i jueces parroquiales hasta los supremos magistrados, es el pueblo quien elige sus representantes, el pueblo quien por sus contribuciones provee a la subsistencia de todos.

Colorados estos hombres a la cabeza del pueblo, funcionan bajo su vista: él los ha promovido a esos puestos que ocupan: los invigila, contrapesa su acción, ya aprobando, ya reprobando; condena también a las veces sus actos, sin dejar por eso de prestar la debida obediencia a los mandatos i decisiones de todos; pero no ha decisión cuya reforma no pueda pedir, ni mandatario cuya destitución no pueda reclamar, i aun promover formalmente.

En manos del pueblo está, pues, la suerte del pueblo. El hace, deshace i vuelve a hacer sus propias leyes, porque él es quien elige, revisa o relaja a los que las acuerdan. Por consiguiente, en la sociedad actual la medida de la sabiduría de los gobernantes es una consecuencia jurídica, estricta, de la voluntad del pueblo.

ilustrado, moral, concienzudo: si por el contrario los legisladores no cumplen bien sus deberes, es porque el pueblo no ha cumplido bien el suyo. No puede el pueblo llenar este gran deber social, sino apreciando exactamente los hombres i las cosas. ¿Pero cómo podrá apreciarlos, sino se le hace conocerlos? ¿Cómo se le hará conocerlos, sino diciéndole por necesidad, redondamente, francamente bien de lo bueno, mal de lo malo, reprobando i condenando todo lo reprovable i condenable?

¿Mas qué es ese pueblo a quien debe hablarse de esta manera? Entendamos por esta palabra la nación toda entera, considerada en sus altas i medias categorías o clases, como en las inferiores. Es el pueblo un ser colectivo, compuesto de todas las pasiones humanas, buenas i malas, que se combaten en su seno, ni más ni menos que como luchan en el corazón de cada uno de nosotros; i que según la dirección que se le dé, pueden lanzarlo en todos los errores, en todos los vicios, o bien conducirlo a todos los géneros de luz i de virtud, siempre con las inmensas proporciones que resultan de la multitud.

Dirigido aca el bien, es el pueblo, por su reunión i su perpetuidad, incomparablemente más capaz de realzarlo mejor, en grandes proporciones, i sostenerlo por largos años, que no un hombre solo i mortal, sean cuales fueren los medios de que pueda disponer. Pero un pueblo dirigido aca el mal, lo posee hasta en sus extremidades, porque no son ya sus faltas los caprichos o las debilidades de uno solo; sino las pasiones i los furores de todos. El primer pueblo está en los Estados Unidos: el otro en Centro-América.

El pueblo hispano-americano en jeneral, por la vivacidad de sus caracteres, por el atraso en ciencias, civilización i artes, en que lo colocaba su estado colonial; por la pérdida que han tenido sus costumbres, consecuencia del largo estado de lucha en que ha vivido; por lo que ha bajado el termómetro de la fe; el pueblo hispano-americano, hecho constitucionalmente soberano, no tiene todavía esas ideas propias, que dominan en las naciones antiguas, ilustradas; no tiene otras ideas, otras voluntades, otras tendencias, que las que se le comunican. Lo conocen los que pretenden innovaciones religiosas, i por eso al amparo de palabras seductoras, que son verdaderos sofismas, trabajan por apoderarse del pueblo desde las muchedumbres inexpertas, hasta los círculos civilizados, porque de todos se forma el pueblo electoral tan numeroso, tan imponente por la fuerza de que dispone; i que no obstante sufre ilusiones, i es arrastrado, siguiendo, hasta con perjuicio de sus intereses, a los que lo cautivan.

Pero, ¿cual es el poder que obra hoy más eficazmente sobre el pueblo, bien para descarriarlo i corromperlo, bien para ilustrarle i precaverlo, principalmente en lo que toca a su vida social? ¿cual es de hecho el preceptor habitual del pueblo, del conjunto de la sociedad en su mayoría, sea directamente sobre cada individuo, sea por medio de los más influyentes, sino el periodismo?

Se ha dicho por los enemigos del catolicismo, que los pueblos no creen ya en nada; pero felizmente esta proposición aplicada a la Nueva Granada, solo presenta una triste verdad en una parte, que ni es la mayor, ni aun considerable con respecto al conjunto de la sociedad, sino pequeña, insignificante por su número, i que solo hace ruido por su audacia. A pesar de haber sacudido la fe, o tenerla enferma, no ha perdido la necesidad de creer: a proporción que crece menos en el Evangelio i a la Iglesia, crece más en sus periódicos i a sus prohombres; porque el periodismo es más influyente en los que tienen menos fe, todavía más en los que no tienen ninguna. La ausencia de los templos, de las predicaciones cristianas, de las prácticas religiosas, es por razón inversa la medida de las lecturas temerarias o peligrosas, de la pasión por concurrir a reuniones donde todo es superficial, donde el saber, la fuerza i hasta el título se resquebrajan.

7066

ridículos, i entre casi todos esta fé es ciega por varias razones.

Hai una inclinacion jeneral a creer que los redactores de periódicos están mejor instruidos de lo que refieren i en lo que tratan, que lo está uno; i esto sucede, porque por lo comun no se les conoce, o se les conoce por sus amigos, por vanos prestijios, por prestijios de partido, porque se les supone, si no luces superiores, a lo ménos en mejor posesion para verlo i apreciarlo todo con criterio, i porque en muchos confirma estos juicios, o vaga opinión, la confianza o majisterio con que hablan los redactores.

La mayor parte de los lectores solo conocen por los periódicos los sucesos referidos, los juicios pronunciados sobre las cosas i sobre las personas: i como tampoco tienen ni bastante reflexion para indagar lo verdadero i lo falso, ni bastante instruccion para discernirlo, se contentan con la facilidad de hallar ideas hechas; las aceptan sin discusion, tales como se las presenta el periódico; se las apropián de luego a luego, únicamente porque las han creído ya, i llegan a sostenerlas con tanta mayor obstinacion, cuanto que no tienen otras.

Pero lo que principalmente constituye el imperio del periodismo sobre sus lectores habituales, es la continuidad de accion siempre en el mismo sentido. La experiencia prueba, que los mas débiles agentes triunfan hasta de los obstáculos mas fuertes por la perseverancia de sus ataques:

Gutta cavat lapidem, consumitur annulus usu.

Un periodista no es un historiador; es un abogado encargado de sostener constantemente la misma causa por todos los medios de prueba que las circunstancias le suministren, o que halle en sus propios recursos. En esta suposicion cierta, escluye de su periódico todo lo desfavorable a las ideas que tiene mision de defender; pasa en silencio unos hechos, apoya otros, i presenta algunos solamente bajo ciertas fases; se niega a consideraciones que pudieran contrariarle, se niega en un orden de ideas esclusivas, que, o son falsas, o llegan a hacerse por su aislamiento. Jueces sabios i experimentados acabarían por ceder a la influencia de alegatos renovados incesantemente sin contradiccion. ¿Pues como lectores inexpertos, vulgares, i lo son en gran número, no serán fascinados, vencidos por periódicos enemigos de las sanas doctrinas, de la ortodoxia, si no les llega otra cosa que leer?

Hai ademas en todas partes entre los periodistas, quienes para reportar mas facilmente sobre el pueblo una victoria decisiva, lisonjean tambien sus pasiones, porque saben bien que es muy jeneral leer los periódicos, mas por informarse del curso de las cosas, i poder hablar sobre ellas segun sus gustos propios, que por instruirse; pero como los gustos depravados son los mas dominantes, o los que se despiertan mas temprano i mas facilmente, esos periodistas obtienen lectores numerosos, crédulos, i decididos, favoreciendo esas malas inclinaciones; i es tanto mas facil vencer a estos lectores, cuanto que casi siempre están vencidos de antemano. Hai en efecto lectores para quienes una relacion escandalosa, u ofensiva, reflexiones anticatólicas barnizadas con palabras majicas, como libertad, ilustracion, progreso &c, convierten en oráculo un periódico, un panfleto i hasta una hoja suelta.

Si el pueblo es quien debe decidir de su suerte, por lo que respecta a los gobernantes i los legisladores, el periodismo por la prensa eventual dirijen al pueblo en las cuestiones sociales; de modo que la suerte de los pueblos en el sistema constitucional está casi tola librada al periodismo. Hai en efecto otras muchas influencias que pueden obrar sobre los individuos i sobre las masas; pero ménos estensas, ménos activas que el periodismo, o que son atacadas por él.

Entre estas influencias puede decirse que figuran las relaciones de familia, la educacion, la religión. Pero el periodismo no debe ser considerado como el principal de las

rias &c. ¿No decide él de la educacion, ya en las leyes que la conciernen, ya dirijiendo el juicio público sobre los establecimientos destinados a ella? ¿No es el periodismo capaz de alejar los hombres de la religion, o de acercarlos i estrecharlos con la Iglesia, por la manera malevolente, o favorable con que hable acerca de sus misterios, de sus prácticas, de sus instituciones, de sus ministros?

El periodismo es la palanca social, porque él populariza mas las ideas; las ideas popularizadas forman la opinion; i bajo un réjimen constitucional, la opinion dirige la sociedad, mejor dicho, impera en ella. Tal es en resumen el estado de las cosas en América, como lo ha sido i es en Europa: hai diferencias notables entre las sociedades europeas i las sociedades americanas; pero á pesar de todo, el curso de las cosas es el mismo.

Preguntar ahora si entre nosotros son necesarios periódicos católicos, ¿no es preguntar si conviene dejar el cetro de la palabra solamente a nuestros enemigos; si el error solo ha de tener el derecho de hacerse oír en la tribuna de la publicidad periodística, la mas resonante i la mas imponente de todas; si, en fin, la Iglesia que tiene el derecho mas santo e incontestable de predicar en tiempo i fuera de tiempo, no puede usar por sus ministros, como por sus hijos, de un jénero de predicacion que puede llegar hasta los mismos que no quieren ir a sus templos a oír, o que por el olvido del catecismo no comprenden bien los graves acentos de la cátedra católica?

Indudablemente decisiva es esta reflexion, i por eso hemos visto indignarse a ciertos apóstoles de la tolerancia, de la libertad de conciencia, cuando han aparecido periódicos católicos, inofensivos, que eran los primeros ensayos que hacian almas celosas, llenas de sanas intenciones. El autor de *Mis ideas*, i despues de *El Siglo* se enfureció contra el *Clamor de la verdad* desde su aparecimiento, solo porque era católico, i porque repitiendo desde esa tribuna sus palabras no podían dejar de tener alguna influencia. «Si cuando se trata de formar concepto sobre el mérito i conducta de un hombre, dice Balmes, es muy a menudo un seguro expediente, para decidirse entre opiniones encontradas, el preguntar quienes son sus enemigos;» nosotros añadimos que la conveniencia, la necesidad de los periódicos católicos, el buen uso del derecho de publicarlos, se muestra por los que se declaren sus enemigos desde que aparecen.

I hai una razon clara de que los periódicos católicos encuentren enemigos; porque el periodismo católico no es solo una ocupacion útil i seria, que es tambien una obra indispensable a la salud social, una suerte de apostolado por su objeto i sus trabajos. Porque, ¿cual es, i cual puede ser el objeto del periodismo católico, sino combatir el error i defender la verdad, i principalmente la verdad divina? ¿Cuántas injusticias que solo el periodismo católico puede desenmascarar! ¿Cuántos abusos que él solo puede destruir! ¿Cuántos poderes opresores, que él solo puede intimidar! ¿Cuántas instituciones útiles i necesarias a la religion, que él puede auxiliar al nacer i precaverlas de la ruina! I todo esto únicamente por la autoridad de una palabra firme, pública, infatigable, siempre verdadera! Parece que la Providencia, que hace conocer sus voluntades por el curso de los acontecimientos, de que dispone por su invisible fuerza, haya suscitado en la nueva constitucion de las sociedades, el periodismo religioso con una mision, como la que dió a un profeta, aunque en un orden mucho mas restringido, para desarraigar i destruir, para plantar i edificar. Por sus trabajos ofrece el periodismo católico infinitas semejanzas con los ministros de la palabra. Como ellos, es por los recursos humanos, ménos fuerte que sus adversarios: como ellos protege al debil contra el poderoso, al humilde de corazon contra el soberbio como ellos, combate las malas pasiones...

*El original está muy bonoso

Dr. Balmes. Del periodismo católico. De la verdad.